

*Para la predicación a la Congregación General de los Jesuitas (2 de octubre de 2016) (Ha 1, 2-3; 2, 2-4; Sal 94; 2Tm 1, 6-8.13-14; Lc 17, 5-10)*

¡Señor, aumenta en nosotros la fe!

Este pedido urgente al Señor es la más bella oración que se pueda imaginar para «abrir» la celebración de vuestra Congregación General. Y, en el Evangelio que acaba de ser proclamado, Jesús destaca dos razones por las que dicha oración es tan apropiada. La fe es necesaria – aunque sea tan modesta en apariencia como un grano de mostaza – porque se trata de arriesgarse a intentar lo improbable: «podrías decir a este árbol: desarraigate y vete a plantar en el mar, y os obedecería». La fe es necesaria, más aún, porque es necesario comprender que, aunque intentemos lo increíble, ¡debemos arriesgarnos a decir: «somos simples servidores: sólo hemos cumplido con nuestro deber»! Una asamblea como la vuestra, enraizada en una tradición de evangelización tan rica, y llena de tantas experiencias de unos y de otros, se desarrollará sin duda entre el deber de llamar continuamente a la Compañía a intentar la audacia de lo «improbable», y a la voluntad evangélica de hacerlo con la humildad de aquellos que saben que, en este servicio donde el ser humano pone toda su energía, «todo depende de Dios».

Pero ¿es posible para nosotros tener esa audacia de lo improbable, esa audacia del Evangelio, audacia de vuestro fundador Ignacio que funda su Compañía, pequeña como un grano de mostaza, en un tiempo de crisis, de necesidad de fraternidad y frente a desafíos inmensos? Me parece que es la pregunta que atormenta al profeta Habacuc: «¿Hasta cuándo clamaré a ti, Señor, sin que me escuches? ¿Te gritaré: «Violencia», sin que me salves?»). Muchos de ustedes podrían enunciar las maldiciones del profeta que explican la fuerza con la que interpela a su Dios. Hoy todavía el mundo está desfigurado por aquellos que acumulan lo que no les pertenece, que persiguen antes que nada sus propios intereses, construyen un mundo sobre la sangre de muchos olvidados que son manipulados, inventan continuamente nuevos ídolos. Violencias, que desfiguran el rostro de lo humano en las personas, las sociedades y los pueblos. Lo más improbable, en este contexto, tal vez no sea derrocar con nuestras manos humanas y dentro de los límites de nuestra inteligencia y de nuestras capacidades, tales violencias para poner el mundo un poco más al derecho. Es necesario, por supuesto, arriesgarse a buscar el modo de remendar lo que está roto. Pero la verdadera audacia de lo improbable ¿no consiste en hacer oír, en medio de ese trabajo de «remiendo», la voz de Aquel que, contra viento y marea, conduce a su pueblo y le da la fuerza de vivir por medio de su fidelidad? Que el Señor os conceda la gracia, a lo largo de vuestras reflexiones y discernimiento, de dejaros guiar, engendrar, por la audacia de hacer oír por medio de vuestro compromiso, vuestras palabras, vuestras solidaridades, la voz siempre inesperada de Aquel que espera el mundo, que vence la muerte y establece la vida, Aquel a quien vosotros buscáis darle la mayor gloria.

Lejos de ser ingenua, esta audacia es realista. El apóstol Pablo, en su segunda carta a Timoteo, nos ayuda a comprender la razón. Es una audacia realista, en primer lugar, porque se apoya sobre un primer don: «Revive el don gratuito de Dios», invitación que hace eco a otras formuladas por el Apóstol «Con solicitud incansable y fervor en el Espíritu, servid al Señor.» (Rm 12, 11). «No apaguéis el Espíritu» (1Te 5, 19), «No lo contristéis» (Ef 4, 29). Probablemente la principal tarea de una Congregación, como la que iniciáis hoy, consiste en buscar la audacia de lo improbable en la fidelidad a la obra del Espíritu. Encontrar la fuerza y la creatividad de la fidelidad en el soplo que nos llega del Espíritu y que nos conduce al encuentro y a la escucha del otro, que abre en el corazón del hombre el manantial de la compasión, que consolide la alianza indefectible con aquellos que nos han sido confiados. Pero la audacia de lo improbable es realista,

también, porque busca continuamente estar al unísono con Aquel de quien Pablo, soportando sus sufrimientos, fue hecho heraldo, apóstol y doctor, Jesucristo el Salvador que hizo lo improbable cuando destruyó la muerte e hizo brillar la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio (v. 9-12). La audacia de la evangelización está orientada hacia el rostro del Salvador, de cuya voz busca hacer oír, cuyo misterio busca hacer percibir. El misterio de esa voz es que ella tiene como única pretensión el afirmar que en el afrontar humildemente el absurdo de la vida dada se puede abrir en este mundo el camino de un nuevo nacimiento a la vida.

Aumenta nuestra fe, pedían los apóstoles. Pero, ¿cómo les surge esta pregunta? ¿Cómo responderemos en nuestro tiempo a la necesidad urgente de vivir como hombres de fe, contemplativos en acción, hombres cuya vida será realmente entregada por los demás? Recordaréis que, en el Evangelio de Lucas, el pasaje que hoy hemos escuchado es la continuación de una enseñanza de Jesús sobre la vida entre los hermanos. Es inevitable que surjan escándalos, y debéis estar atentos para no llevar al pecado a uno sólo de estos pequeños. A continuación, está la enseñanza sobre el perdón ininterrumpido concedido al hermano, una vez, siete veces... Y ¡ahí aparece la pregunta de los apóstoles! En el fondo, siempre es lo mismo: come el Reino, lo improbable nunca está lejos de ti. Sí, por supuesto, es la búsqueda apasionada de abrir en este mundo caminos para la sabiduría, caminos donde la palabra y los proyectos humanos cobren sentido en la búsqueda de construir un mundo hospitalario para el hombre. Pero aquello que puede dar un fuego interior a esta búsqueda apasionada es la experiencia concreta, a veces banal y con frecuencia difícil, del perdón. Es experiencia de sobreponerse a la ofensa para dar, de nuevo, sin condiciones, la vida en abundancia. Esa experiencia que lleva a descubrir que uno tiene en sí mismo una vida mucho más fuerte, mucho más bella, que la que uno creía poseer, una vida que encuentra su verdad plena cuando se desprende de sí misma para ofrecerse al otro. Experiencia de vida fraterna, cuyo testimonio es tan importante hoy. Creo que no es gratuito si en el Evangelio de hoy, Jesús continua con la evocación del simple servidor. ¿De qué es exactamente servidor? De una mesa, mesa de pecadores, mesa de acogida de todos donde está invitados ciegos y cojos, fariseos y publicanos, adúlteros y hombres de bien. Ignacio, vuestro fundador, hacía esta oración: «Señor Jesús, enséñanos a ser generosos, a amarnos como Vos lo merecéis, a dar sin contar, a combatir sin preocuparme de las heridas, a trabajar sin buscar el descanso, a gastarme sin esperar otra recompensa que el saber que hacemos vuestra Santa Voluntad» ¿No es esta una invitación, hoy todavía, a ponernos al servicio de esa mesa?

Mesa de Emaús, donde el simple servidor aprende su oficio dejándose guiar por su primer compañero, Jesucristo el Salvador.

¡Señor, aumenta nuestra fe!